

FUGA DE MARZO

Rogelio Saunders

Dijo que quería ir a donde la vida es corta.
Allá la gente muere rápido.
Y dijo que ya no era un niño.
Sí: ya no soy un niño.
Después usted oirá el ruido. ¿Quién no ha oído ese ruido?
Tiene que ser como una conversación, ya se lo dije.
Sólo así sólo así —dijo.
Sin futuro.
Ah: qué desánimo.
Dijo, aferrado a la ventana.
Hoy es marzo.
El alféizar está limpio.
Déjeme.
Allá la gente por suerte muere rápido.
Ah, y lo más importante: no hay arte.
Las fieras del campo, ya lo sabe usted, no tienen amo.
Se matan entre sí sin segundos pensamientos.
O, rió, el pensamiento absoluto.
La barbilla, el cansancio.
Miró hacia arriba.
El mentón alzado.
Ninguna mirada.
Tarará tarará.
Grandes tratados en una sola gota de agua.
Tarará tarará.
Todo lo que está vivo muere.
Y todo lo que no está vivo también.
Todo muere.
Se descompone, se desmorona.

Las sábanas de los cielos, zigzagueó la mano.
Ya no quiero terminar, dijo.
Ja ja.
Los días son largos, las noches cortas.
Los jinetes de patas entrecruzadas, planos como abedules.
(Negros) susurró-sopló.
Ello es el verbo "empantanarse".
Ju—u—áááá.
Una sola risa.
Sonríe a mis ojos laqueados.
Al brillo de fuego.
No hoy. Mañana tampoco.
Yo no soy yo.
Ja ja.
Hay siete finales posibles,
pero ya no me interesa terminar.
Ya no me interesa el papel.
Es igual que se vaya o se quede.
En ese caso, le dije, ninguno de los dos existía.
Así es. Así es.
Todo se debe a la modificación.
Así pues: ¡ninguna modificación!
Allá...
Quien se inclina sobre la línea de puntos,
¿sabe más que aquel que no se inclina sobre la línea de puntos?
Hay una sola forma de morir.
¿Cuántas noches y también días, inclinados a la luz de una lámpara,
no hemos tú y yo hojeado los pesados manuscritos,
escrutado las cifras, barriobajado los párrafos?
No hacía falta el "ya no se sabe lo que dijo"
porque nada se dijo.
La cabeza es más pequeña que el corazón.
Es el problema del corazón y de la cabeza.

No entonó
porque los campos nunca estuvieron abiertos.
(Siempre) susurró, el irrelato.
El párpado cayó y no obturó el ojo.
El Qué del boquiabierto.
Cien ventanas,
cien violines,
cien cruces de ojos.
Dígame —preguntó
sobresaltado como un niño
detrás de los oscuros instrumentos—
¿de verdad no sabe a cuánto estamos hoy?

